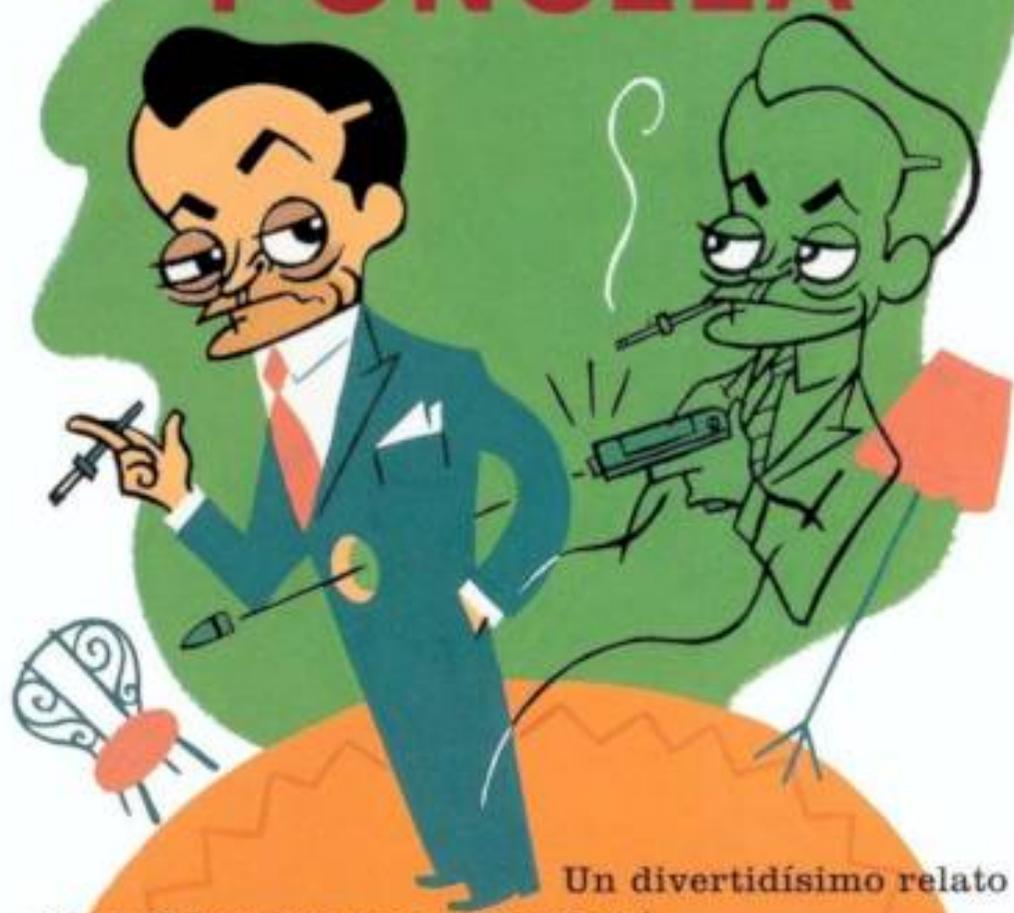


Miguel Martín
**EL HOMBRE
QUE MATÓ
A
JARDIEL
PONCELA**



Un divertidísimo relato
sobre el hombre que revolucionó
el humor en España.

«En un momento pudo haber terminado con su vida, porque valor no le faltaba. Y además era tan romántico como Larra o Espronceda.

»Sin embargo, eligió el camino más penoso y más difícil: dejarse morir. ¡Años le costó a Jardiel Poncela consumir su deseo aquella mañana del 18 de febrero de 1952!»

Así era el escritor Jardiel Poncela, un personaje excepcional que brinda como ningún otro la oportunidad de adentrarnos en un mundo mágico en el que se funden la fantasía, el humor y la realidad biográfica. Vivió como escribía, con una segunda lógica que hace creíble lo inverosímil y que le condujo al desenlace sorprendente y misterioso que nadie fue capaz de aventurar. Al seguir los pasos de este hombre, que despertó una pasión teatral sin precedentes, obtenemos una referencia exacta de la primera mitad de nuestro siglo; porque un testimonio humorístico resume como ningún otro la conducta de cualquier sociedad.

«El hombre que mató a Jardiel Poncela» es un relato verdadero que supera la ficción más imaginativa. Y por añadidura no sólo es muy divertido. ¡Es divertidísimo!

PRÓLOGO

Pocos escritores tienen el privilegio de que prologue su relato el personaje que lo inspira, sobre todo cuando hace cuarenta y cuatro años que murió.

El autor de esta obra lo tiene; es el propio Jardiel Poncela quien hace su semblanza.

La ciudad castellana de la que brotó irguiéndose para echar a andar, Zamora; la romana, la lusitana, la bizantina Zamora; en cuyas piedras sólidas afiló Viriato espadas de rebeldía; y en las que esculpió Justiniano arquitecturas de Estambul.

Zamora, la que, por tardar en ganarse, nunca se vio perdida; grácil, severa, minúscula Constantinopla de occidente, cuya «Magdalena» finge ser «Santa Sofía», en tanto que el divisorio Duero le replica al Bósforo divisor, y los esbeltos troncos de «Valorio» se enfrentan —lanzas contra lanzas— con los árboles de Scútari.

De allí, Zamora, la más singular de todas las ciudades donde aún reside la VERDAD en el arte y en la vida, salió resuelto a vivir el arte y la vida este escritor joven de Castilla la Vieja.

Es en lo físico Miguel Martín, pausado, aplomado y grave, como lo son todos los viejos jóvenes castellanos; porque la VERDAD, respirada desde la pila bautismal, ya les da una pausa, un aplomo y una gravedad de milenios, cuando aún no cuentan completo sino el primer vigenio de su existencia.

Y le resbala por el semblante un aire hebreo; y se lo agita un viento iberorromano; y se lo perfila un soplo visigodo: que es el Wolfran que le presta su tenaz, dureza a esa mezcla de carbón y de hierro, templada en aguas de ríos fríos, que es el acero humano de Castilla.

En el nombre hay resonancias de heroísmo remotos, sucedidos en «tierra de campos» o en «merindad» de Burgos: Miguel Martín; él mismo no ha calibrado aún la importancia de su Martín; e igual que el nombre es castellano de castillo, sin indicio ninguno de pechera de la gleba; porque así como es él —incluidos los pecheros de la gleba— son todos los varones de Castilla.

Y adivino que, como todos los demás varones de Castilla, también por dentro de sí, siente luchar el tumulto diario de su soberbia, con su sencillez; y con su picaresca; y con su lealtad; y con su atroz melancolía; y con su ansia de todo fundida en su desdén de todo; y con su avasallador deseo de devorar mujeres, como piezas cobradas, en el interior profundo de una grieta terciaria.

Y aún entreveo, debajo de la raya de la suma total, la tela, la espuma, la nata, el sobreposo que todo lo tapa en él: afán literario y amor a la verdad, ambos innatos, incrustados en su génesis por transmisión de la VERDAD misma.

Si no he equivocado el análisis íntimo, le auguro en la literatura al joven Miguel Martín un panorama claro y abierto, sostenido por las columnas —non plus ultra— de la originalidad y el humor; por ser él hijo de Castilla; y por ser Castilla la madre única del arte literario no ya el español, sino mundial; y porque a los escritores que aman la VERDAD les reserva ella una recompensa fascinadora la cual es: que con sólo que escriban verdades —escuetas, limpias y desnudas como ELLA—, ya consiguen los mayores éxitos que pueden proporcionar la originalidad y el humor.

Porque NI EXISTE EN EL ORBE NADA TAN HUMORÍSTICO COMO UNA VERDAD, ni se ha encontrado NI SE ENCONTRARÁ NADA TAN ORIGINAL COMO UNA VERDAD

ALLÍ DONDE HABITAN SERES HUMANOS; de tal modo arquetipos del disimulo, de la ocultación, de la tergiversación, del sofisma, del fraude y de la mentira, que toda verdad les sorprende y les llena de estupor y del regocijo que producen siempre lo inesperado y lo absurdo.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

MUERTE INDUCIDA

En un momento pudo haber terminado con su vida, porque valor no le faltaba. Y además era tan romántico como Larra o Espronceda.

Sin embargo, eligió el camino más penoso y más difícil: dejarse morir. ¡Años le costó a Jardiel Poncela consumir su deseo aquella mañana del 18 de febrero de 1952!

Morirse es un error, había dicho en el título inicial de una de sus comedias más ingeniosas, cuando aún paladeaba los ingredientes que luego sazonaron las revistas del corazón: éxito, mujeres y dinero para hacerlas relativamente felices; «al menos —recelaba entonces— hasta que encuentren otro con una fortuna capaz de proporcionarles la felicidad completa».

¿Por qué quiso morir prematuramente, si pocos años antes consideraba un error desaparecer del mundo, incluso a la edad en que la naturaleza se muestra menos generosa?

Se escribió entonces —y, lo que es peor, se mantiene— que Jardiel no soportó la enconada hostilidad de la crítica que él mismo había provocado; y que no pudo sobreponerse a la declinación del éxito.

Es una gran mentira, de las muchas que aderezan la literatura biográfica.

Le escuché lecturas resignadas de críticas muy adversas, siempre apostilladas por una sentencia original que años después se repite mucho:

—Bueno, el caso es que hablen de uno, aunque sea bien. —Sonriente y divertido, se lanzaba al contraataque:

era la regla del peligroso juego que él mismo había impuesto.

¿Por eso iba a dejarse morir? ¡Venga ya!

¿Por esos pateos organizados desde la propia claqué en algunos de sus últimos estrenos? Tampoco. Le oí encajar el más estruendoso, a *Como mejor están las rubias es con patatas*, con el estoicismo de quien escucha la fórmula matrimonial al casarse en terceras nupcias:

—Se van perfeccionando: ha sido un «meneo» de no te menees.

Claro que le afectaron los fracasos profesionales, pero no al extremo de hacerle desear la muerte, por la sencilla razón de que guardaba un arsenal de esperanzas; tantas como comedias tenía proyectadas cuando fue sibilinaamente inducido a morir por su peor enemigo.

¿Quién cometió aquel crimen, hasta hoy perfecto? Alguien a quien conocimos los más próximos al escritor y no tuvimos la perspicacia de descubrirlo a tiempo, por más que sus intenciones no pudieron estar más claras.

También es cierto que el asesino era inseparable de Jardiel y resultaba difícil —por no decir imposible— contrariar sus caprichosas predilecciones.

Tardé veinticuatro horas —las que mediaron entre el homicidio consumado y el sepelio de la víctima— en identificar al culpable. Pero ya no merecía la pena denunciarlo; porque, curiosamente, también había muerto aquella absurda mañana.

ÁLVAREZ, INOCENTE

En el ático de Infantas, 40, humeaba el aliento: lucía el loquillo sol de febrero, pero el frío atrasado, adherido a las paredes, se le resistía.

La estancia principal de la casa formaba ángulo recto, despejado, sin divisiones. En el lado más largo y estrecho se extendía la mesa del comedor, iluminada por un ventanal medianero a la terraza que planeaba sobre la calle de las Infantas; el otro, interior, lo ocupaba un tresillo tertuliano —casi superfluo en los últimos años de patético abandono—, y en uno de los tabiques se abría la entrada a la alcoba matrimonial.

Lo importante en aquel espacio angular era el vértice, acotado por una mesa cóncava y alargada que se ceñía al silloncito de Jardiel; la diseñó así para tener a mano el material que requería su escritura artesanal: tijeras, pegamentos, tintas de varios colores, secantes, cuartillas y cartulinas surtidas, reglas, maquinitas de uso burocrático..., lo necesario, en fin, para dar a sus originales un aspecto verdaderamente original, del que se jactaba.

Todo estaba aquella mañana donde no debía, es decir, en su sitio. Los servicios funerarios se hacían rogar, porque el cuerpecillo inánime de Jardiel era tan insolvente como en la última etapa de su vida.

Parecía levitar sobre la cama desnuda, como si le faltara peso para yacer. Apenas una pavesa recogida en la blanca del sudario, que hacía más ostensible la insignificancia que adquirió voluntaria y abnegadamente.

¡Dios mío, y la Bandera Nacional arrojando el envoltorio de la esquelética miniatura!

Más o menos, habría transcurrido un año desde que la compró; a pesar de que corrían tiempos de frecuentes manifestaciones patrióticas no le resultó nada fácil adquirirla en su entorno; era artículo de tienda militar.

—¿Por qué tanto interés en conseguir una bandera? — le pregunté varias veces en la persistente búsqueda.

Sólo cuando la tuvo abrazada contra el pecho, como hacían los santos con la Hostia, desveló su intención:

—Quiero que me acompañe en el último momento de vida.

—¿Pero qué le da España, si por comprar la bandera es posible que se haya quedado sin un duro? —Me solivianté.

—La oportunidad de no ser inglés o francés, ¿te parece poco? —Esbozó una de sus sonrisas intencionadas.

A partir de entonces, se movía por la casa con la enseña apretada en su regazo.

—Así la muerte no me coge a traición —se justificaba.

Para los pocos amigos que asistían vergonzantes a su voluntario deterioro físico era el primer síntoma de una irremediable decrepitud mental. Lo promulgaron, y pronto corrió la especie de que Jardiel había traspasado el enloquecido universo de ficción que cualificó su obra.

Es cierto que tuvo que atrincherarse en su mundo para hacer más liviana la espera de aquel 18 de febrero; pero no que ese mundo fuera el ámbito de la locura.

Lo proclamaba de modo fehaciente el bultito rojo y gualda que aquella mañana emergía del jergón desguarnecido: el ejemplo más dramático de la realidad absurda que vivió y, en consecuencia, describió Jardiel.

La contemplación de aquel mínimo cadáver no auspiciaba la pena ritual de los muertos que dejan el mundo a su pesar. Pero tampoco permitía creer que fuera el desenlace de un proceso deliberado.

Despertaba, eso sí, un profundo sentimiento de rabia, incluso de acerada venganza. ¿Contra quién, si se había dejado morir?

¿Contra la sociedad? Impensable: aún no circulaba la chorrada de que todos tenemos la culpa, sin comerlo ni beberlo, de que a alguien, por ejemplo, le salga la hija un poquitín puta.

Por otra parte, quien hubiera tratado al Jardiel íntimo y espontáneo sabría que lo único que le aterraba era la indiferencia a su provocativo ademán literario; nunca el agravio o la crítica despiadada.

¿Entonces? Sería preciso recurrir a su espíritu contradictorio para hallar alguna explicación coherente al prematuro hecho luctuoso. La había, aunque difícil de entender para los profanos, en su crítica y apresurada biografía: «Jardiel se dejó morir contra su voluntad», pudo titularse la verdadera reseña del óbito sin que causara la menor extrañeza, puesto que se trataba de un virtuoso de la paradoja.

Fue una ocurrencia súbita, pero en absoluto carente de fundamento: en las múltiples agonías que precedieron a la definitiva, musitaba ilusionados proyectos con la vehemencia de quien se aferra a la vida desesperadamente para poder realizarlos.

Y, sin embargo, al mismo tiempo rechazaba con obstinada intransigencia los remedios más elementales para conservar la salud, que se le iba a chorros; exactamente, como si alguien de su entorno le prohibiera beneficiarse de ellos, hasta reducirlo a la nimiedad que conlleva el deseo de morir.

¿Quién? La sutileza del procedimiento utilizado impedía concretar con premura la tremenda sospecha hacia una de las pocas personas que en los últimos años tuvieron acceso al albedrío del escritor.

Conocedor de la intriga que cultivó en vida con notorio desparpajo, pensé que Jardiel hubiera procedido a investigar su propio asesinato con la minuciosa reconstrucción

mental de los avatares que lo precedieron; porque revelarían el móvil y, en consecuencia, a su beneficiario.

Dispuesto a iniciar la amarga tarea, crucé el saloncito en dirección a la calle sin poder eludir la leyenda que lo circundaba; el mismo Jardiel la había caligrafiado en la altura de las paredes con las letras peculiares —y en apariencia descompensadas— que dibujaba primorosamente en los títulos de sus originales. Leí:

LOS PRIMEROS DÍAS DEL INFIERNO
SON TERRIBLES

¡Caray! La ingeniosa manera de decir que incluso a lo peor se acostumbra uno, en aquel momento sobrecogía. No por miedo a que el querido maestro estuviera en trance infernal, sino por todo lo contrario: acababa de superarlo.

Porque no era seguro —ni mucho menos— que se hubiera acostumbrado a vivir largos años con el agobio de la adversidad pegado al trasero.

Otra cosa es que el carácter que imprime el Humor, cuando dimana de la verdadera inteligencia, evitara que sus cabreos intermitentes fueran continuos y le llevaran a la desesperación que le achacaron para justificar su muerte.

Al ganar la calle, en el portal me sacudió un segundo escalofrío: los operarios de la funeraria colocaban, por fin, la mesita enlutada y los pliegos de rigor para las firmas, después de entornar una hoja de la puerta en señal de duelo; era el trámite al uso cuando no existían tanatorios, y los duelos se «celebraban» en las casas de los difuntos.

Lo que no era normal es que dos años antes —en el mismo mes de febrero de 1950— Jardiel hubiera descrito la escena como anticipo real del humor negro que luego fecundaría en las tendencias literarias más irreverentes.

Resultaba sarcástico, pero inevitable, pensar en Álvarez, un oscuro personaje por el que Jardiel sentía cierta debili-

dad.

Aunque Álvarez rondaría la edad del escritor, su talante serio, de Magistrado del Tribunal Supremo —de entonces, claro—, le confería un porte de respetable senectud, contrario a su verdadero carácter.

Como ambulante de Correos, Álvarez viajaba tres noches por semana a los puntos más dispares de la geografía nacional, «matando sádicamente» los sellos de la correspondencia. Y, a veces, intercambiando los contenidos de algunas cartas que sospechaba amorosas, divertido con la perplejidad y los disgustos que acarrearían a los respectivos destinatarios.

Incapaz de hilvanar una frase de intención humorística y mucho menos de escribirla, Álvarez, en cambio, vivía abnegadamente el humor y lo practicaba con hechos que nunca trascendían su intimidad; de ahí la inusitada admiración de Jardiel.

Para apreciar por qué los signos funerarios —que ya ornan el portal de Infantas, 40— traían a la memoria la peculiar figura de Álvarez, es preciso leer el relato que hizo el escritor de su vivencia humorística más negra y espectacular; después de citar a otros vividores del humor, algunos ilustres, escribió textualmente:

Nada es comparable con las cosas que ha hecho mi amigo Álvarez, calladamente, sin el escudo de un nombre famoso, sin que nadie de los que conocían su verdadera y sería vida pudiera sospechar qué infinidad de otras vidas vivía por puro gusto de vivir el humor y gozarlo él solito.

Fue larga —por ejemplo definidor— su temporada de subir a dar el pésame a la viuda. Lo cual no era sino, como lo indica el nombre, que ante el portal medio cerrado de toda la casa recientemente mortuoria, Álvarez se paraba, miraba la lista que daba cuenta lacónica del fallecimiento y donde se enteraba cuál era el nombre del difunto; y, en posesión del dato imprescindible, tiraba escale-

ras arriba y ya no se detenía sino ante la viuda, junto a la cual permanecía un rato lamentando que el pobre Pepe, o el pobre Luis, se hubiera muerto de un modo tan inesperado. ¡Y es que no somos nadie! ¿Quién se lo iba a decir a él hace diez, años? ¡Y pensar que la iba a dejar a usted viuda!, etc., etc..., Álvarez —gran inteligente, como cuantos manejan con éxito el humor— murmuraba todas las sandeces de la sandía urbanidad social, y por estar refinadamente elegidas entre las más sandías, producían el máximo efecto; y para remate, con voz ahogada, en el oído mismo de la viuda suspiraba: «Quiero... ¡verle!», deseo que le era satisfecho, mientras él, a su vez, empujaba a la viuda hacia sus amistades femeninas, diciéndole con gesto grave: «¡Usted allá, a llorar, que es su obligación!» Y con ello preparaba el golpe final, el cual consistía en salir, al rato de permanecer en la capilla ardiente improvisada, y en acercarse de nuevo para exclamar, con voz todavía más ahogada que antes y un cierto extravío en los ojos: «¡¡Se ha movido!! ¡Se ha movido!...» La trapatiesta era inmediata. Ayes, desmayos, catreras, telefonazos al médico forense. Pero ya aquello a Álvarez no le interesaba. Volvía a descender tranquilamente la escalera, firmaba en la lista del portal, poniendo debajo de su nombre unas palabras que le definían como militante de alguna profesión bizarra, tales como: inspector del timbre móvil, o jefe del Registro Perpendicular de la Ordenación Facial, y si la tarde daba de sí para ello, había suerte en su recorrido callejero, y le deparaba algún otro portal con media hoja cerrada, entraba, miraba la lista de firmas, se aprendía un nuevo nombre de pila, y, cogiendo el ascensor y colándose de rondón en el piso de turno, se encaraba con la segunda viuda para susurrar: «¡Pobre Cecilio!» Con razón me decía a mí una tarde hace dos años que palmaría antes que yo... Y es que la vida es un suspiro. Y lo que no ocurre en treinta años ocurre en un día. Y no somos nadie.

Etcétera, etc.

JARDIEL ENVIÓ CON ESTA NOTA UNA COPIA DEL ARTÍCULO A SU
PROTAGONISTA:

Señor Álvarez:

¿Se enteró usted de que «vino usted en los periódicos como avance de cuando vaya» usted a los escenarios — que es la inmortalidad definitiva— de manos del Sr. J. Poncela?

Sin duda, no. Y por eso, te incluyo ESO (que debes leer tú, leérselo luego a los transeúntes) recientemente aparecido en Madrid (en El Alcázar) la noche del 2 de este mes de 1950.

Bueno: querría verte. Estoy seguro, todas las tardes, de 8 a 10 en La Elipa y todas las noches de doce a 2 en «Castilla». El teléfono de casa no pita. Ni el tuyo.

Álvarez, pues, estuvo llamado a formar parte del ejército de insensatos que animaron el teatro jardielesco, mucho más próximos a la realidad de lo que se les ha reconocido.

Por respeto al amigo muerto, Álvarez no acudió a dar el pésame a la familia, tuvo miedo de suscitar las mismas reminiscencias que a mí me habían aterido el ánimo; tampoco volvería a interpretar el papel más osado de su extenso repertorio de humorista vital.

Fue el homenaje póstumo del ambulante de Correos a «su» autor, aunque el tren que se disponían a tomar juntos al paraíso de la ficción había entrado para siempre en vía muerta.

El mal disimulado interés del empírico humorista en que Jardiel cumpliera la promesa de auparle a los escenarios, le libraba de toda sospecha de complicidad en el desmoronamiento del renovador del Teatro. Álvarez, inocente.

DOS SOSPECHOSOS

¡Cualquiera se acercaba a él!

—¡Tiene una mala leche que espanta a los pájaros disecados! —me había prevenido el jefe de la sección teatral de *La Tarde*, efímero diario que inspiraba el exquisito talento de Víctor de la Serna, hijo de Concha Espina y progenitor de una venturosa estirpe de periodistas.

Café Gijón, febrero —siempre febrero— de 1948: lo tenía delante; en buena medida de él dependería mi permanencia como auxiliar de redacción del periódico.

Escribía, tachaba; recortaba una tira de papel y la pegaba encima del renglón tachado, después de extender un chorrito de pegamento con el dedo meñique; volvía a escribir sobre la tira en blanco... pero sin mirarme. ¿Así durante cuánto tiempo? Él, que aconsejaba hacer mutis por el foro a los personajes que se sienten ignorados por su autor.

—¿Qué quieres, «churrito»? —me cortó la retirada, con sorprendente afabilidad.

—Hacerle una entrevista. —Me acerqué a la mesa.

—¿Sobre qué? —indagó sin demasiado interés.

—Sobre una tontería —quise aclarar lo que expresé tan mal, pero Jardiel no me dio tiempo.

—¡Hombre! —sonrió—, el primer entrevistador que manifiesta su verdadero propósito antes de consumarlo. Siéntate.

Mientras adhería con sumo cuidado la cuartilla recién terminada al cuadernillo de las ya escritas, escuchó mi rectificación: